



EL CERRO DE MONTEVIDEO

La Cuchilla Grande que nace en el Brasil, atraviesa todo el territorio nacional y muere en el cerro de Montevideo, al Oeste de la bahía que sirve de puerto a la capital uruguaya. El Cerro es un lugar pintoresco de gran porvenir turístico y desde el que se disfruta espléndida vista panorámica. Hay en su cúspide una fortaleza construida durante la colonización española, que ahora sirve de Museo Militar y sobre ella se construyó el primer faro del Río de la Plata. El texto que va a continuación es un capítulo del completo ensayo histórico "EL CERRO DE MONTEVIDEO" escrito por el capitán Mariano Cortés Arteaga. — N. de la R.

La tradición oral y escrita, en prosa y en verso ha transmitido, de generación en generación, el recuerdo de acontecimientos ocurridos en la Fortaleza del Cerro que la imaginación popular ha magnificado unas veces, desfigurado otras, apartándose en todos los casos de la verdad para dar origen a verdaderas leyendas.

Es creencia muy generalizada que la Fortaleza fué construida a fines del siglo XVIII, para defender la ciudad de Montevideo de los portugueses, que sus cañones vomitaron fuego y plomo, contra los opresores de la Patria y derrotaron en cruentas batallas a los osados que se pusieron a su alcance.

El poeta Francisco Acuña de Figueroa, autor de la letra de nuestro Himno Nacional, testigo ocular, a larga distancia, de los primeros ataques llevados contra la Fortaleza del Cerro, durante los sitios de los años 1811 al 1814, ya que él se encontraba dentro de las murallas de las fortificaciones de la Plaza exageró la importancia y capacidad activa de esta obra de arte militar, no sabemos si con el propósito de elogiar el poderío



de los realistas —con quienes estaba—, o de poner en evidencia el arrojo, denuesto y valor de los patriotas, —con quienes estuvo después—, para atreverse a hostilizar tan poderoso baluarte.

Se ha asegurado que la Fortaleza tiene una salida subterránea y secreta la cual, en caso de sitio, permitió comunicar, según unos, con el mar y, según otros, con el Polvorín del Estado ubicado a un kilómetro próximamente al Nordeste.

No ha faltado quien ha creído encontrar las huellas de este subterráneo golpeando en el suelo, en la falda del Cerro, en lugares que sonaban a hueco, todo lo cual no pasa de ser fantasía.

Hoy ya pocos creen en tan misterioso subterráneo. Otros, en cambio, describen los horrores de las mazmorras de la Fortaleza, el sacrificio de infelices prisioneros condenados al suplicio de las infectadas prisiones subterráneas, la exhibición de hombres decapitados en los masteleros de la Fortaleza, de cadáveres insepultos y de esqueletos humanos hallados en sus mazmorras, sujetos aún por los grilletes y esposas de sus verdugos.

En todas las antiguas fortificaciones españolas había siempre alguna garita, situada en paraje expuesto a vientos fríos o que tenía otras causas de grandes molestias para los centinelas que la ocupaban, los que, no explicándose en la mayoría de los casos el origen de estos hechos, los atribuían a causas sobrenaturales. De ahí la denominación que en lenguaje vulgar se les dió de "garitas del Diablo".

La Fortaleza del Cerro tiene también su "garita del Diablo" y ella es, si no estoy mal informado, la situada en el ángulo Noroeste. A esta garita "endiablada" se le atribuían además de los vientos, ruidos y movimientos, otros fenómenos tales como aparición de espectros, quejidos de almas en pena, y otros que solo el recordarlos en las noches de guardia llenaba de asombro y de terror no solo a los soldados novicios, sino también a los veteranos que llevaban ya algunos años de servicio en la guarnición.

Sería muy largo detallar en este capítulo todas las incidencias que se dice ocurrían noche a noche en la "garita del Diablo". Centinelas que aparecían desarmados, otros relevados sin intervención de la guardia y que abandonaban el puesto despavoridos negándose a permanecer un momento más en la garita. Los relatos son muchos y del mismo estilo que los expuestos, los que bastan para dar una idea de cuál habría de ser el comentario obligado de los soldados de guardia en las noches oscuras y frías de invierno, en que la Fortaleza es castigada fuertemente por los vientos que, a la altura en que se encuentra, producen un ruido impresionante.

La leyenda tiene también su parte cómica derivada de las anécdotas y cuentos que con fundamento se atribuyen a un Jefe que fué Comandante de la Fortaleza en el año 1858; Pascual Díaz (Pascualón), nuestro Monchausen, que adquirió notoriedad, por sus graciosas ocurrencias, inventivas y habilidad no igualada para referirlas.

Los hombres de otras generaciones no hablaban de la Fortaleza del Cerro, sin traer a colación recuerdos de su famoso Jefe, y las fábulas y fantasías que acerca de ella creara su imaginación.

Capitán Mariano Cortés Arteaga.

